Es Mi palabra la que mata y no la tuya

diálogo y espera

CARTAS Y UN DIARIO

es Mi vida la que transforma y no la tuya

Ramón está haciendo uno de los últimos cursos en el Seminario. Cada mes escribe a Ricardo: no quiere que se rompa su ya larga amistad. De Ramón escribirá Ricardo en su diario: "Veo en ti al mismo de antes, pero más maduro, y adivino en ti al mismo de después aunque más verde. Un hombre y un amigo en quien poder confiar siempre; un hombre y un amigo hecho del mismo barro que yo y que vive en el mismo tiempo y sobre la misma tierra. Y que también sabe hablar el mismo lenguaje que yo". No podría decirse nada mejor.

Ricardo está haciendo uno de los últimos cursos de no sé qué carrera. Lee mucho, piensa bastante y le gusta escribir. Quizá por todas estas razones lleva, a rachas, un diario. Quizá también para decirse a sí mismo lo que no sabe si debe decir o no a los demás. Porque Ricardo tiene el prurito — si es que eso es un prurito — de la honradez intelectual.

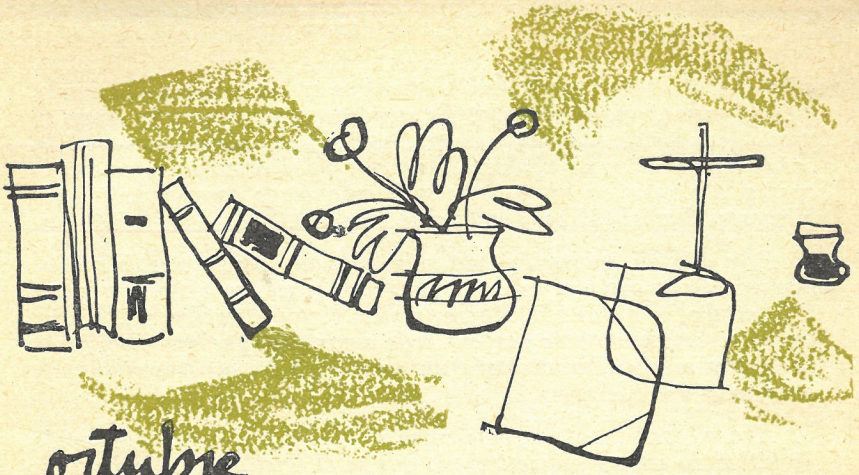
«La sinceridad es una pobre hermana olvidada.»

La única virtud que nos atreveríamos a certificar de este débil folleto, es la sinceridad. Es bastante, ¿no?

Sinceridad de un seminarista — Ramón — que escribe a un amigo — Ricardo —, y sinceridad de éste que anota en su diario las reflexiones que le sugieren las nueve cartas que recibe (una cada mes) durante todo un curso.

Estas cartas y estos fragmentos de diario quisieran contribuir un poco — el grano dichoso de arena — a que unos y otros nos conozcamos desde más cerca.

Amén.



octubre

Querido Ricardo:

Hace ya unos días, después de la acostumbrada semana de Ejercicios, empezamos el curso. Recuerdo el primer año, cuando entré, que durante estos primeros días de Ejercicios, para no equivocarme me fijaba en los otros mirando cómo hacían las cosas.

Un curso más. La gente, cuando pregunta afectuosa: ¿Cuántos años le faltan?, suele comentar que es una carrera larga. Sólo de vez en cuando alguna persona reflexiva comprende que no, que no es larga, sino corta. Hace poco me lo dijo un médico anciano, con barba blanca y todo: «És curta la carrera de vostès si tenim en compte allò a què aspiren». Y lo mismo nos dijo el Padre Lombardi: «Si pensáis que las consecuencias de vuestra formación son eternas para vosotros y para muchísimas almas que deben encontrar su salvación por vuestra obra, entenderéis cómo la preparación para algo que es eterno, es una cosa muy delicada, muy importante y también si parece larga, es siempre muy breve en comparación con la eternidad en la cual tendrá sus frutos».

Bueno. Vosotros también habréis empezado el curso. Es el último que te queda, ¿no? El último que te queda de esperar cada día la entrada liberadora del bedel que anuncia el término de la clase:

«Señor Catedrático, es la hora», mientras se quita la gorra e inicia, más o menos, una reverencia. Es curioso cómo cada bedel tiene su forma peculiar de anunciar siempre igual. Y los catedráticos también cada uno su forma de recibir el anuncio: unos como si no se dieran cuenta, otros con un mero gesto suficiente, otros agradeciendo amablemente el aviso. Y cada uno, siempre igual.

Este año mi habitación está rejuvenecida, nueva, con diez años menos: la han pintado. La pobre, estrecha y con un techo demasiado alto, estaba ya anticuada. Ahora, recién pintada, vuelve a presumir un poco, exigiendo más respeto, más amor. Aunque una habitación en la que se vive durante todo un curso siempre acaba siendo muy querida.

Ahora, por la ventana, oigo como se organiza el cotidiano partido de fútbol en ese magnífico terreno que es el final de la calle Enrique Granados sin casi tránsito. Cada día, a esta hora, se organiza el partido. Ya voy conociendo, por sus gritos, a los jugadores habituales. Sus gritos que me llegan mientras empiezo a estudiar mis primeros libros de Teología (otro día te hablaré de la Teología, porque me temo que tú la tienes por algo aburrido e inútil y no es eso, sino todo lo contrario).

Adiós, Ricardo. Con esta carta se reanuda, un año más, nuestra relación epistolar. Tú me cuentas algo de tu vida y yo algo de la mía. Algo, cualquier cosa. Como cuando tú y yo volvíamos juntos, cada día, a la salida del Colegio.

Adiós. Hasta pronto. Tuyo,

RAMÓN

18 octubre

Ya está aquí el nuevo curso, y con él la primera carta de Ramón. "Tú me cuentas algo de tu vida y yo de la mía", me escribe. ¡De acuerdo!

Pero, por de pronto, siento la necesidad de abrirme de cara a mi diario. Será como si hablara contigo en voz tan baja que no llegaras a oirme.

Porque quiero decir y decirme la verdad, la verdad en crudo tal como la encuentre dentro.

Sí, Ramón, en el silencio de este diario mío intermitente, sin que tú me oigas, tenemos mucho que hablar. Yo, pecador, confieso que estoy en deuda contigo y con tus compañeros, en deuda de atención y de sinceridad. Y una y otra quisiera irla pagando a mi manera a lo largo del curso.

Sin que tú te enteres, eso sí. ¿Por qué? Pues mira; estoy en lucha conmigo mismo. Siento el respeto de la grandeza de tu camino y no me atrevo a distraerte con mis pequeñas recriminaciones o mis ingenuos sermones (tú sabes bien que los seglares no nos privamos de hacerlos). Pero por otra parte siento la necesidad de que con los sacerdotes hablemos fraternalmente, cara a cara, de hombre a hombre, con entera confianza.

Y así estoy, indeciso.

La mejor solución, por ahora, será quizás esta de recordarte en mi diario, mientras estés en pleno curso de tu seminario, de este semillero en que te has sembrado tú mismo para dar fruto mañana. Yo quisiera desahogarme, pero no agobiarte.

Permíteme, pues, esta solución provisional. En vacaciones hablaremos más largo y más tendido.

A fin de cuentas, no es extraño que la solución sea provisional. Tú eres un seminarista provisional y yo un estudiante provisional. Gracias a Dios, ni tú has querido ser seminarista, ni yo estudiante. Ambas cosas son un medio, un paso en nuestro camino.

Si quieres que te diga la verdad, lo que más me gusta en ti, como seminarista, es precisamente que se te vea un seminarista provisional. Que yo vea en ti al mismo de antes, pero más maduro, y que adivine en ti al mismo de después, aunque más verde. Un hombre y un amigo en quien poder confiar siempre; un hombre y un amigo hecho del mismo barro que yo y que vive en el mismo tiempo y sobre la misma tierra. Y que también sabe y quiere hablar el mismo lenguaje que yo (¡cosa importante!).

Perdona. Me llaman a cenar. He aquí, por cierto, una humilde costumbre terrestre que compartimos todos. Bueno, Ramón, seminarista provisional y amigo definitivo, que tengas muy buenas noches.

27 octubre

He leído estos días un libro admirable: el "Retrato de Monsieur Pouget", de Guitton. Un libro admirable sobre un hombre más admirable todavía. Este monsieur Pouget fué un hijo de campesinos que se hizo religioso y pasó muchos años dedicado a la enseñanza en su orden. Luego le llegó, por partida doble, el tiempo de la prueba: perdió la cátedra y la vista. Y fué precisamente entonces, retirado y ciego, cuando el carácter excepcional de su talento, de su saber y de su espíritu llevó a su modesta celda a una porción de jóvenes bien diversos que habían de representar luego un papel importante en el catolicismo francés de este siglo: Emmanuel Mounier, Jean Guitton, Jacques Chevalier...

Buscad y hallaréis. Ya puede estar escondido un hombre, que si vale se le encontrará. Por eso me hacen gracia tantos inquietos apóstoles de la juventud universitaria, con su ingenua conciencia de que son necesarios, con su ingenua pretensión de ser oídos. Luego el universitario llama a la puerta de un viejo sacerdote medio retirado. Y es porque algún compañero le ha dicho que allí puede encontrar algo de lo que busca: verdad, verdad y verdad. Junto con sencillez.

He aquí algunas de las cosas que decía este Monsieur Pouget:

"No hay que ser demasiado católico, porque entonces ponemos el catolicismo en las nubes y le quitamos las bases que le ha dado el Creador".

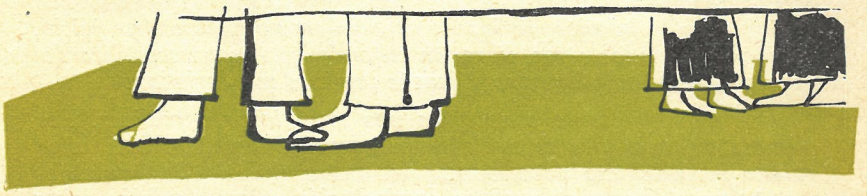
"Hay bastante luz para los que quieren ver, pero no hay bastante para los que no quieren ver; es preciso que la fe tenga un mérito. Estamos en la época de la prueba. Hay que caminar a la luz de la luna y de las estrellas; tanto peor para las gentes que no quieren más luz que la del sol".

"¿Cómo predicar? Os lo voy a decir. La mayor parte de nuestros sermones públicos son demasiado largos: y entonces el final hace olvidar el principio. Además, el tono no siempre corresponde. Los antiguos eran muy familiares con el pueblo. Tenían razón. La verdad, bien clara, bien sencilla, he aquí lo que nos hace falta. Cuando yo era joven me acaloraba; ahora hablaría

tan sencillamente como si conversara".

Hombres así, curas así, son los que nos hacen falta. No es raro que Bergson, que lo conoció un poco, dijera: Si el catolicismo nos fuera presentado por hombres como *monsieur* Pouget...

Nunca más adecuados los puntos suspensivos.



noviembre

Querido Ricardo:

Me lo acaban de contar durante la cena. Regresaban de jugar un partido de fútbol en La Bordeta, y — en el metro — han oído el comentario de un obrero que, junto con sus compañeros, cada uno con su hatillo, volvía de su trabajo cotidiano. (Un obrero, un hombre como otros muchos, es decir un hombre que podría ser mi padre.) Y el comentario era: «Pronto se les acabará la veda». Menos mal que no se pierde el humor.

El oir estos comentarios, a veces, cuando uno va por la calle, puede producir diversas reacciones. Bastantes veces he oído o leído aquí en el Seminario pláticas, conversaciones o artículos que parten de alguno de estos comentarios. Hay la reacción de la «incomprensión»: «Nosotros entregamos — queremos entregar — toda nuestra vida para la salvación de todos los hombres, y en cambio muchos nos consideran como sus enemigos, como si nos opusiéramos a ellos en provecho nuestro». Pero no sé si se saca gran cosa de esa reflexión dolorida. Tiene el peligro de quedarse en un ineficaz complejo

de incomprensión que nos desvincula de unos «hombres» abstractos que deshumanizamos.

Por eso pienso ahora, Ricardo, que quizás fuera más útil reflexionar un poco sobre las causas de este estado de cosas. Porque junto a la riqueza trascendental y única de la Fe de la Iglesia, hemos heredado también el peso lamentable de unas situaciones falsas, de unas oposiciones que comprometen a la Iglesia, de un atraso y de un apego a unas realidades que ya pasaron. Y hemos sido hechos solidarios de todo ello. A veces pienso que es injusto que se nos haga solidarios de los errores — errores a nuestro juicio, claro está — de los otros. Pero, en el fondo, ¿no te parece, Ricardo, que es natural, muy humano y quizás también muy cristiano?

Por eso hay frente a nosotros una gran labor a realizar. Por ejemplo entre lo que se suele llamar «mundo obrero». Una labor apenas iniciada que debe vencer toda una tiniebla de prejuicios y superar el vacío de nuestra inadaptación. Pero también labor cristiana, evangélica, es decir, maravillosa, grandiosa. Grandiosa en el esfuerzo — en el esfuerzo inteligente — y en la generosidad humilde. (¿Recuerdas como en el Colegio el P. Maluquer nos repetía una y otra vez lo que él llamaba la paradoja de la Iglesia de Cristo protegida por los ricos y poderosos, perseguida por los pobres y oprimidos?)

Tú, Ricardo, que sabes y sientes toda esa inmensa labor que deberíamos realizar, hazme el favor de recordármela y animarme. No sea que el frío — ya se acerca el frío, siempre se acerca el frío — entre en mí y ya todo me parezca bien tal como está y me quede en casa, junto al fuego, con las ventanas y la puerta bien cerradas.

Adios. Tuyo,

RAMÓN

24 noviembre

En el metro. Unos seminaristas vuelven de jugar un partido de fútbol. Y un obrero comenta: "Pronto se les acabará la veda". Las palabras dicen mucho. Pero ¿y el tono? No oí el comentario; no puedo decir el tono de voz en que estas palabras fueron dichas. Pudo haber rencor; pudo haber

escepticismo; pudo haber una tristeza casi paternal; pudo haber una ironía más o menos risueña. Y pudo ser que todos estos ingredientes se mezclaran en el pensativo comentario del hombre que regresaba a casa.

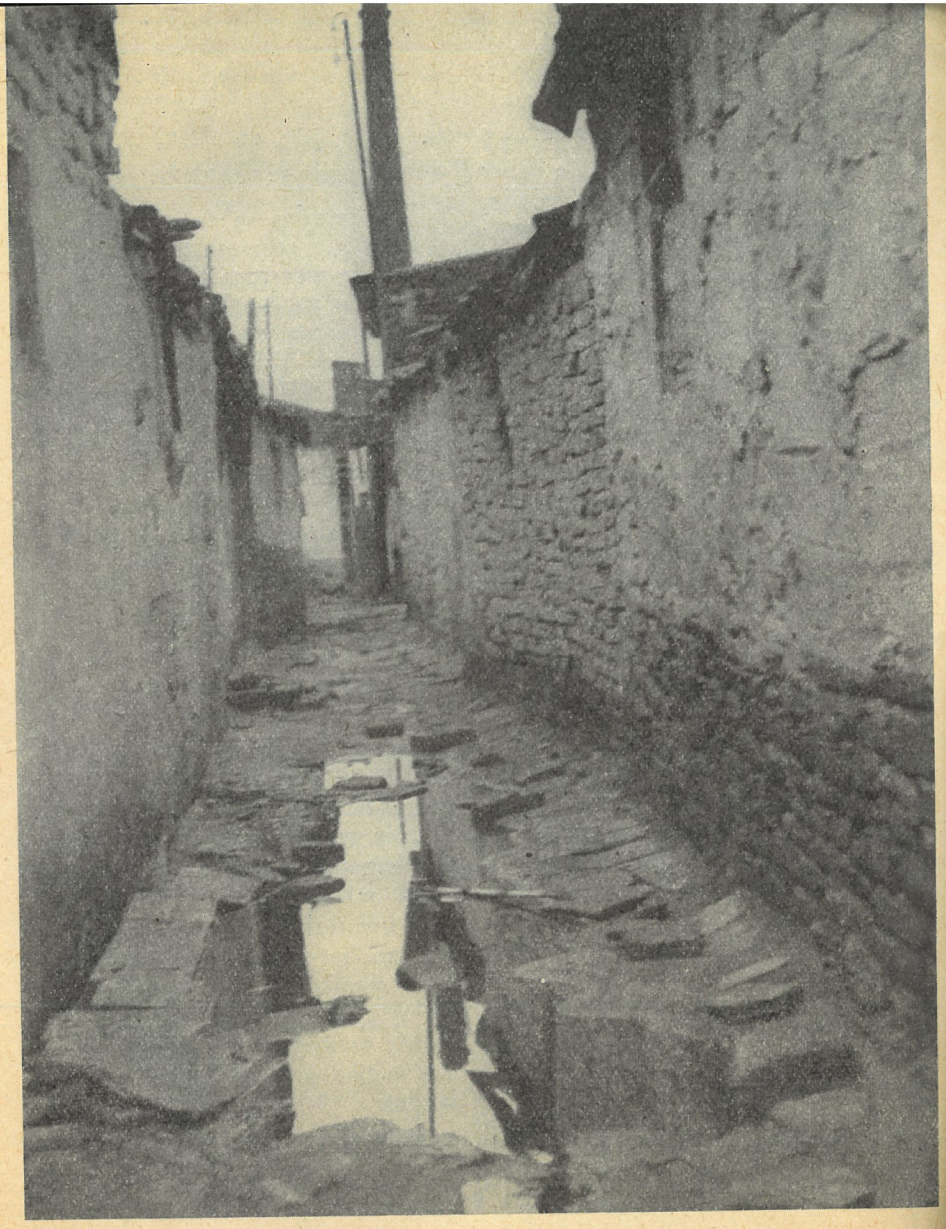
Lo que había, seguro, era distancia. Los seminaristas pensarían que aquel comentario venía de otro mundo, de un mundo en el que un cura es un ser extraño cuya vida no se entiende. Si se hubiera preguntado, al mismo tiempo, a los seminaristas y al obrero: *¿qué función tiene un sacerdote?*, las respuestas hubieran sido tan diversas que habría que preguntarse si realmente hablaban unos y otros de lo mismo.

Los seminaristas hubieran dado una respuesta anterior; vista desde dentro, desde su vocación, el sacerdote está llamado a ser esto y lo otro: todo lo que ellos precisamente se estaban preparando para ser. La respuesta del obrero hubiera dado la otra cara: hubiera sido una respuesta exterior; visto desde fuera, desde lejos, desde el mundo, para el hombre que, sin querer, tiene que acudir tal o cual vez al cura para un asunto de boda o de entierro, el sacerdote es un hombre que hace esto y lo otro: lo que se ve, lo que se juzga e interpreta de las cosas cuando se ven desde fuera.

Dos mundos se cruzaban en el metro: la generosa tensión juvenil y la socarrona tristeza rencorosa de un hombre decepcionado. Porque estoy seguro que en el fondo del hombre había decepción: una decepción largamente acumulada, hecha de sorpresas, incomprensiones, juicios apresurados, defectos de información, prejuicios de ambiente, pero hecha también de experiencias, fruto también de nuestras esperanzas fallidas, de un choque entre el ideal y la realidad, el cristianismo y los cristianos.

En ese curioso anticlericalismo ibérico hay sin duda, por lo que yo puedo ver, muchas cosas: y una de ellas es la convicción de que el cristianismo es algo grande. Sin esa convicción, los curas no despertarían tanto interés ni tanta animosidad: si no se creyera que traicionan algo grande, que no hacen las cosas "como Dios manda", habría indiferencia y quizá desprecio, pero no habría animosidad. Habría iglesias vacías, pero no iglesias quemadas.

En la frase de aquel hombre podía haber una vaga advertencia, una vaga amenaza; pero



«Paradoja de la Iglesia de Cristo protegida por los ricos y poderosos, perseguida por los pobres y oprimidos.»

había también un estímulo. Y me gusta ver que lo que tenía de estímulo lo recogió Ramón en la carta que me ha enviado este mes. Esto lo encuentro admirable. Cada generación nueva de sacerdotes, cada promoción que sale del seminario, se tropieza con este problema: por una parte, salen con el firme propósito de hacer las cosas bien, de la mejor manera y con el mejor espíritu posible; pero, por otra parte, no pueden anunciar que empieza otra época, como un periódico anuncia que entra en su segunda época cuando quiere cambiar de estilo: tienen que asumir, junto con las glorias y los aciertos humanos de los que les precedieron, de los que les han pasado la antorcha a ellos, tienen que asumir también sus errores, sus fracasos, para rehacer desde dentro, con paciencia, lo que se ha deteriorado: para edificar a los que se ha desedificado sin presentarse por eso como gente nueva que no tiene nada que ver con el pasado. Y para esto hay que ser valiente, muy valiente. He aquí una condición del muchacho que entra en el seminario, una condición que me parece que él tendrá que descubrir con el tiempo, a medida que comprenda la anchura y profundidad de los problemas que se le van a presentar. Es verdad que de este valor hemos de participar todos los cristianos, puesto que se trata de nuestra Iglesia. Pero el sacerdote tiene que revestirse de él especialmente.

Claro que hay una encrucijada y supongo que cada cual tira por un camino u otro, quizás sin darse mucha cuenta. Hay la reacción de los que, ante frases como estas, se encierran en su mundo y se escudan en sus derechos; y hay la reacción de los que comprenden mejor, al oir una frase así, cómo está la masa en que ellos tienen que penetrar como levadura. "Vox populi, vox Dei", dicen. En la voz del pueblo hay una exigencia que recuerda la exigencia de Dios.

Señor, haz que los sacerdotes no se encierren en sus círculos, sino que sepan escuchar con atención y paciencia la voz del pueblo. Y que nosotros les ayudemos en esto. Para que no les entre el frío de que Ramón habla. Y para que, por temor del frío, no nos cierren las ventanas y los postigos.

diciembre

Querido Ricardo:

Ya se acercan aprisa las vacaciones de Navidad.

Las vacaciones de Navidad tienen algo especial. Este algo que les da precisamente este acontecimiento asombroso: la Navidad. La Navidad y todas las otras fiestas: Año nuevo, Reyes. Jesús que viene. Dios con nosotros. Alegría dentro del alma — como algo que no cabe, que quiere salir fuera. Pero a la vez un poco de tristeza por nuestra incapacidad de ser buenos, de ser como Jesús quiere. Oración. Jesús nos ayudará. Lástima que ahora, durante esta espera esperanzada del Adviento, no nos preparemos para recibir la gran alegría. Sin buen Adviento no hay buena Navidad.

¡Qué profunda humanidad tienen el Adviento y la Navidad! Vemos que nosotros tan grandotes, tan torpes, no podemos nada. Sólo esperar. Esperar que venga este Niño y nos salve. Nosotros no podemos nada. El lo puede todo. Nosotros todo lo rompemos, lo estropeamos, lo echamos a perder. Necesitamos que nos salven, que nos rediman. Y ya es hora que echemos a ese hombre viejo, demasiado estúpido, y nos convirtamos en ese Niño de Belén. «Yo no nací en Barcelona, nací en Belén.»

Navidad es todo eso y además lo otro. La calle al anochecer. El frío. Los escaparates iluminados. En casa, ese ambiente especial, cordial; la familia esperando la cena alrededor de la luz, leyendo,

comentando. Y la sopa que llega echando humo. Y en un rincón, pequeño, maravilloso, el pesebre, el belén. Un niño con los brazos levantados que acoge a los pastores, mientras a lo lejos los Reyes inician su cotidiano avance.

Y luego la gran maravilla de los Reyes. Juguetes y juguetes. Niños con los ojos muy abiertos. Papás con paquetes más o menos grandes. Pero todos —niños y papás— esperando la mañana del gran día.

Durante esos días todos somos un poco mejores. La ciudad está transformada. Es que hay más amor.

Porque donde hay amor hay alegría. La alegría de las familias en las que vive Dios. La alegría, también, de aquí. Porque hay que darse con alegría. San Pablo se lo decía a los de Corinto: «Dios ama al que da con alegría». Y la gente espera amor. La gente apresurada de la calle, la gente fatigada de los tranvías, la gente que se sumerge en el cine, espera amor.

Y el amor lo tenemos nosotros los cristianos. Tú y yo. Pero demasiadas veces nos olvidamos. Suerte que pronto vendrá un Niño a recordárnoslo.

Felices Navidades, Ricardo. Que Jesús nazca en tu corazón.

Hasta pronto:

RAMÓN

13 diciembre

Todo el mundo espera las vacaciones. Y sobre todo, los estudiantes. Las malas lenguas, que nunca faltan, dicen que es porque no nos gusta estudiar, y como estudiar es nuestro trabajo, tanto vale que digan que no nos gusta el trabajo.

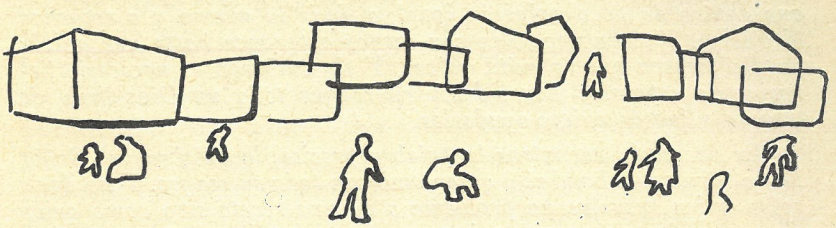
Pero la verdad es que si esperamos las vacaciones no es porque nos asuste el trabajo, sino porque nos gusta la libertad. "¡Oh libertad preciosa, no comparada al oro, ni al bien mayor de la espaciosa tierra!", que dijo el poeta. Y cuando vienen las vacaciones es cuando más nos damos cuenta de lo que nos gusta la libertad; claro que también es la hora de demostrar que sabemos hacer buen uso de ella.

Parece que incluso los seminaristas esperan las vacaciones. No me extraña nada. El gusto de la libertad no se pierde así como así; al contrario, tanto más la usa uno para algo que vale la pena, tanto mejor la aprecia. El que no sabe qué hacer con su libertad, el que no la sacrifica nunca para algo más grande, se puede decir que no le da el valor que tiene, que no la estima debidamente.

Cada vez me parece más importante que un sujeto de nuestra edad, de la de Ramón y la mía, pueda decir con cierto orgullo: "Yo escogí la libertad". Lo que pasa es que esto no todo el mundo lo entiende, me parece. Hay quien piensa que escoger la libertad consiste en no entregarse a nada ni a nadie. Yo voy pensando que escoger la libertad consiste más bien en lo contrario: en entregarnos sin reservas al Espíritu que dicen que gime en nosotros con gemidos inefables. Por algo está escrito que el espíritu de Dios es espíritu de libertad; el espíritu de Dios viene a liberarnos de la esclavitud de nuestros pecados, nuestras inercias y nuestros temores y a darles a los músculos de nuestra voluntad una flexibilidad y amplitud de movimientos que antes no tenían: es aquello de ama y haz lo que quieras, que dijo San Agustín.

Bueno. Este sermón me lo ha sugerido, casi diría que me lo ha provocado, la carta de Ramón que he recibido hoy. Si hay algo que yo aprecie en el sacerdote es esto: que sea un liberador de hombres. Parece que algunos piensan que son lo contrario: esclavizadores, encadenadores, guardianes. Y no: ¿qué hace el cura cuando levanta la mano para absolvernos? Liberarnos de nuestros pecados. ¿Qué hace cuando se nos acerca para darnos la comunión? Venir a abrirnos la cárcel de nuestro individualismo egoísta para que comulguemos con Dios, y, en Dios, con el prójimo. ¿Y cuando predica el Evangelio, la buena noticia de nuestra Redención? Redención no es palabra de esclavitud, sino de libertad.

"Donde hay amor hay alegría", me escribe Ramón. Y yo añadiría: donde hay alegría, hay también libertad. Navidad es el tiempo de todo esto: del amor, de la alegría y de la libertad. Si yo tuviera enchufe con los Reyes Magos, estos tres dones son los que le traerían a mi amigo Ramón, el seminarista, al empezar el próximo año.



enero

Querido Ricardo:

Esta noche, repasando las pocas hojas de un diario que escribía el primer año de estar aquí en el Seminario — y que evidentemente resistió pocas semanas —, he leído: «Convertir a un hombre es demasiado difícil.»

Y por esto te escribo, para que me ayudes, para que nos ayudes.

Convertir a un hombre es demasiado difícil. Se trata nada menos que deje de vivir según su pequeño egoísmo, su pereza, su suspicacia, y que se arroje en las manos de Dios y quiera amarle con toda su alma, y quiera vivir ya siempre todo para cada hombre, para cada hermano que pase por su lado...

Lograrlo nosotros no es posible; y es absurdo pensar que yo con mi palabra o con mi obra podré obtenerlo. Y por eso quisiera pedir tu colaboración otra vez. Para que me ayudes y ya no sea mi palabra o mi obra sino la palabra de Cristo y la obra de Cristo la que viva en mí. Y, claro, las palabras y las obras de Cristo sí que convierten a los hombres. Porque quizás tú algún día vengas sin saberlo a confesarte conmigo. Y entonces desearás que yo encuentre la palabra oportuna, la palabra precisa y exacta, la palabra viva y penetrante, la que precisamente necesites. Y eso es lo que desea cada hombre y cada mujer, cada muchacho y cada muchacha. Y esas viejecitas tan asiduas.

Cuando los muchachos, una vez más, se arrodillan ante la oscura figura escondida en la casita de madera, siempre con su pecado — siempre el mismo y ellos cada vez más agobiados — es difícil comunicarles un poco de esperanza. Ellos están ya convencidos de que dentro de poco volverán igual, a decir lo mismo y a escuchar lo mismo. Y cada vez salen con menos esperanza hasta que quizás un día piensen que es inútil volver. Y sin embargo es necesario llenarles de esperanza viva, descubrirles que todo un Dios lleno de ternura y fuerza quiere ayudarles.

Es necesario encontrar la palabra precisa, la palabra del Señor Jesús para aquel hombre a quien ama con toda su sangre. Y no darla como quien resuelve un problema o da una receta sino como quien comunica algo de su vida misma.

Quizás — se me ha ocurrido hoy en la clase de oratoria — los sacerdotes hablemos demasiado. Quizás deberíamos escuchar más, darnos cuenta de que nuestra misión es mucho más escuchar con atención, sin cansancios, sin impaciencias, que hablar demasiado queriéndolo resolver todo rápidamente.

Es necesario escuchar a Dios y es necesario escuchar a los hombre. Y luego — con fidelidad — transmitir la palabra de Dios a los hombres y la de los hombres a Dios.

Pero ya lo ves, todo eso es demasiado difícil. Por eso es necesaria tu ayuda. Porque es imposible para nosotros. Es El quien lo ha de hacer. Por eso has de ayudar con tu oración que lo puede todo, hasta esto.

Créelo de verdad, por favor. Y reza un poco o mucho.

Recuerdos a todos. Tuyo,

RAMÓN

15 enero

Hay muchas cosas que no podemos hacer por los sacerdotes; pero hay una que está al alcance de todos: rezar. ¿Nos podemos quejar de ellos si no rezamos por ellos? Yo creo que no. ¡Y tantas veces me he quejado así, de vicio! Ahora me lo pide Ramón, que rece. Otras veces otros — jó-

venes y viejos, estudiantes y profesores —, al final de una visita o en medio de la conversación, me han salido con lo de la oración. Y la primera reacción mía ha solido ser de impaciencia. Si no hubiera sido por miedo a herirles, les hubiera dicho: "¡Vaya! Yo creía que los que estabais para orar erais vosotros y no nosotros. Y que en cambio los que teníamos derecho a que rezaran por nosotros éramos sobre todo los que estamos en medio del fregado y sin el tiempo de rezar protegido por horarios y reglas".

Después he comprendido que aquellas peticiones de ayuda, aquellos S O S iban en serio, que no se quedaban en formulita. Y he comprendido que hemos de rezar por ellos, y al comprenderlo he visto que esa oración había de ser, no un recuerdo formulario, aunque cordial, sino una especie de grito. Y para eso, para esa llamada, para ese "de profundis" — lo sé por experiencia — no hay nada mejor que tropezarnos con algún sacerdote — quizá también los seminaristas sirven para el caso — que nos haga una jugada, o lo que nosotros tomemos por tal. Es entonces, cuando el respeto, el temor, la distancia o el desánimo (y junto con alguno de estos ingredientes la conciencia de la propia miseria) nos cierre el paso para una explicación de hombre a hombre, entonces se nos ocurre pensar que tenemos una salida para que el mal que se nos hace no se nos pudra dentro como un agua parada: la de la oración, la queja amorosa, la interrogación al Padre. Y entonces nuestras desaforadas balanzas quedarán otra vez en equilibrio por obra de unas pocas palabras sobre deudas y deudores; y porque esas palabras nos habrán subido a los labios habrá en el mundo, acaso sin que nadie lo note, un poco más de paz, y en la Iglesia un poco más de comunión.

Ahora pienso que quizás el camino más frecuente, gracias a Dios, no es éste — que también es bueno — sino el otro: el de la gratitud. Hablo por mí: lo que, en la vida, en la realidad, me hace recordar de vez en cuando que tengo que rezar por los curas, es verme rezando, sorprenderme a mi mismo dándole las gracias a Dios por lo bueno que es tal o cual sacerdote. Podría escribir ahora nombres, pero no se trata

de esto. Ante una misa bien dicha, ante una anécdota significativa, ante la sonriente paciencia interminable de tal confesor, ¡cuántas veces, cuando me he dado cuenta, ya estaba rezando, ya estaba diciéndole a Dios que se acordara de aquel buen hombre y dándole gracias por haberle puesto en la tierra y en la Iglesia!

Son los buenos sacerdotes, sin necesidad de palabras, los que nos recuerdan que hemos de rezar por ellos. Porque es justo darle las gracias a Dios ya que de Dios viene todo bien. Y son los otros sacerdotes, también sin palabras, los que nos recuerdan que asimismo hemos de poner en práctica la otra cara de la oración: no sólo la acción de gracias, también la petición. Si no le pedimos a Dios que los haga buenos, ¿a quién se lo vamos a pedir? Más interesado que El no lo está nadie. ¿Y a quién van a dolerle más que a El los turbios y los tibios?

Cuando rezo por un cura, rezo por mí. Cuando le pido a Dios que se apiade de él, le estoy pidiendo que se apiade de mí. Y es que todos vamos en el mismo barco.

31 enero

Decididamente, hay citas que, por los pasillos de la memoria, se buscan unas a otras. Como si las citas también tuvieran sus citas.

Hoy me ha ocurrido con dos que tenía anotadas, de dos lecturas distintas.

La primera de un novelista soviético del que sólo conozco esta frase. Pero la frase me parece que tiene vigencia en todas partes. Incluso en la Iglesia.

"Nuestras costumbres son la parte más reaccionaria de nuestra existencia".

Y sale a su encuentro la otra frase, que es del P. Voillaume en su libro "En el corazón de las masas".

"No olvidéis, si queréis ser perfectamente verdaderos y justos, que hay que tener en cuenta que la intención de un hombre es muy a menudo mejor de lo que deja suponer su conducta exterior".

Nuestras costumbres son la parte más reaccionaria de nuestra existencia. Pero nuestras intenciones son mejores de lo que deja suponer nuestra conducta exterior.

Dos verdades que llaman a la puerta de nuestra humildad.

febrero

Querido Ricardo:

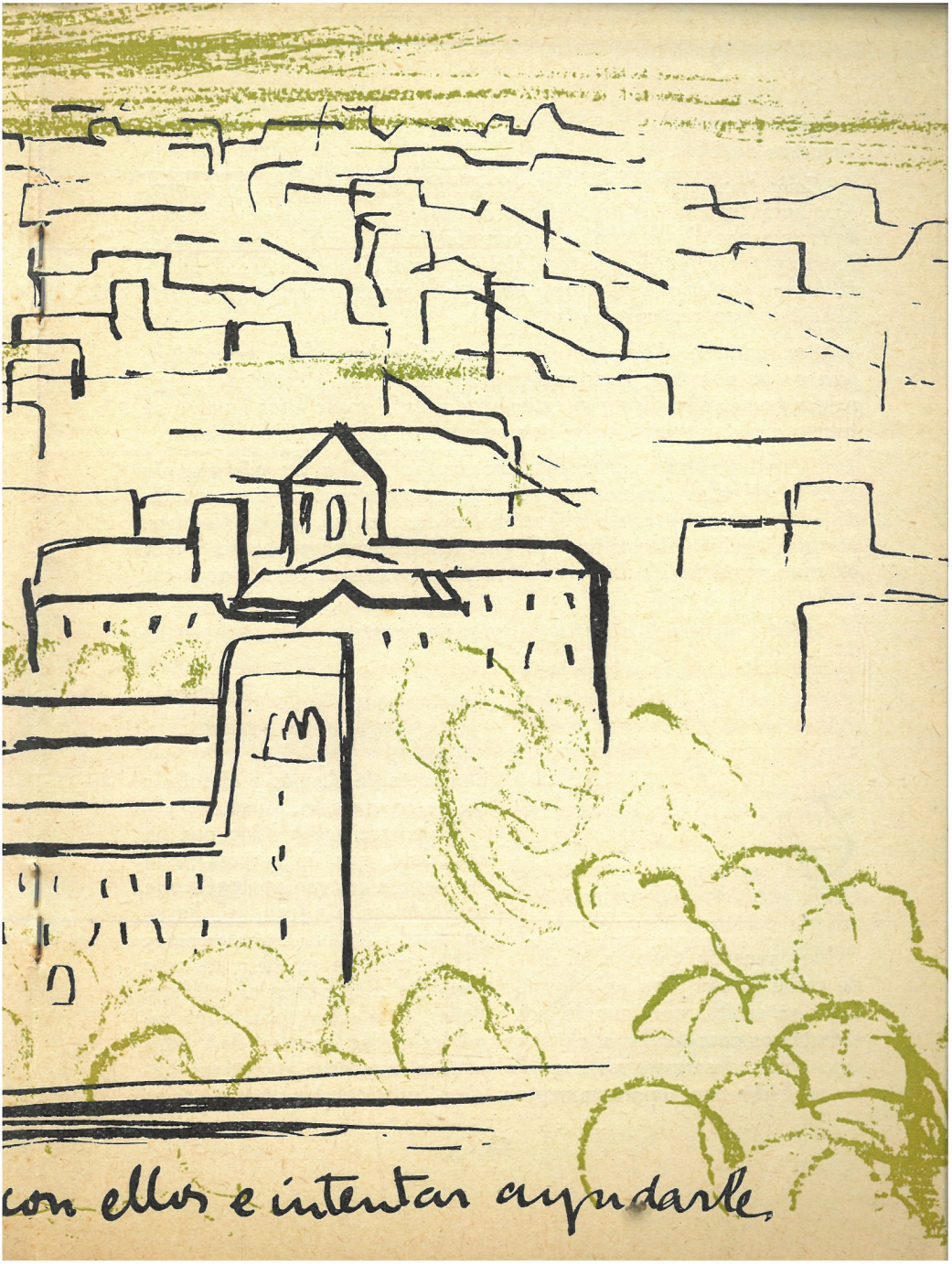
Muchas noches, cuando subo a acostarme, veo la calle, el cruce Balmes - Consejo de Ciento, desde arriba, con los hombres, los coches, los tranvías, pequeños, como de juguete. Queda bien: las luces de los faroles, las señales verdes - rojas del semáforo, los autobuses iluminados con la gente como dentro de un escaparate. Y todo eso, desde arriba.

Desde arriba, pequeñitos los hombres dejan de ser tal o cual, y son sólo hombres cualesquiera. No se ve su rostro. Son hombres, mujeres, muchachos, muchachas, cualesquiera.

Y en aquella hora en que aquí dentro se ha hecho ya el silencio, el gran silencio nocturno en el que el alma puede respirar a gusto, hondamente, el ver desde arriba a los hombres pequeñitos — los hombres que después de su trabajo cotidiano vuelven cada uno a su hogar más o menos acogedor — a veces hace pensar un poco.

Todo se podría resumir en aquello que nos dice San Pablo: «Todo sacerdote es escogido de entre los hombres y es constituído al servicio de los hombres para las cosas de Dios». Aquí está todo:

separador, para volver pronto co


con ellos e intentar ayudarle.

escogido de entre los hombres y en favor de los hombres, pero para las cosas de Dios.

Cada poco más que se va entendiendo el sacerdocio (y es muy poco en la inmensidad del misterio sacerdotal), uno se da más cuenta de la inmensa, de la terrible responsabilidad. Si tuviera aquí la verdaderamente magnífica pastoral del Cardenal Suhard sobre el sacerdocio, me gustaría comunicarte unas palabras suyas sobre esta terrible e inmensa responsabilidad.

Por todo eso, al ver desde arriba a los hombres abajo, pequeñitos, pienso que nosotros, unos cualesquiera, hemos sido separados, para volver pronto con ellos e intentar ayudarles. Porque Dios llama a su puerta y ellos, quizás, no se dan cuenta, no responden, no abren.

Tengo apuntadas unas palabras de Pío XII a los párrocos de Roma: «Nos os conjuramos para que permanezcáis en un estado de santa y casi perenne angustia por las ovejas todavía lejanas, porque jamás tuvieron fe o porque la han perdido». Santa y casi perenne angustia. Es una gracia que Dios nos ha de dar. Y nosotros pedir.

Adios; recuerdos a los tuyos, y hasta pronto.

Tuyo:

RAMÓN

11 febrero

Hoy pensaba tomar a mi diario como testigo para enfadarme (pues es sabido que cuando nos enfadamos necesitamos a alguien con quien desahogarnos), pero he recibido muy oportunamente una carta de Ramón y el enfado se me ha pasado... algo.

Y es que había leído que un sacerdote, con la mayor buena fe, escribía en tono apologético la siguiente tontería (contigo, diario, ya puedo hablar francamente): "Dios también se da a los más humildes". ¿También? ¡Pero, Señor, si es sobre todo a los humildes a los que se da! Más sensato, ingenioso y cristiano hubiera sido escribir lo contrario:

"Dios también se da a los poderosos". Porque con los otros, con los humildes, se da tanto que se confunde con ellos. No en vano ha dicho que cuando damos de comer al hambriento, o de beber al sediento, o visitamos al preso, es a El mismo al que le hacemos esto.

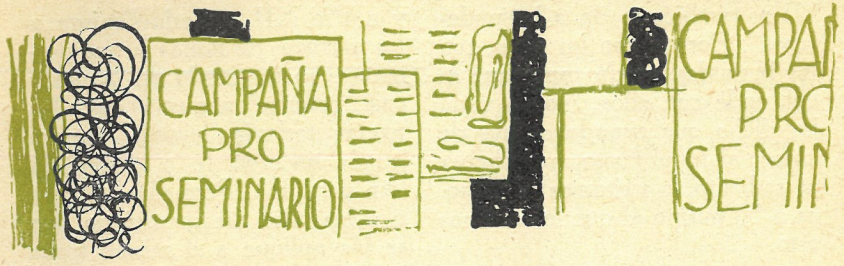
Pero, como digo, la carta de este mes me ha hecho recapacitar. ¿Qué consigo con enfadarme con un señor que dice lo que dice con la mejor buena fe? ¿No digo yo enormidades peores? Pero parece que el mecanismo es automático. Un sacerdote dice o hace algo que no nos parece bien y en seguida nos escandalizamos. (Claro que a él no le decimos nada. Ni se entera).

Y es que, a lo que dice o hace, le damos un peso enorme: en bien o en mal. Por eso puede hacer tanto bien un buen sacerdote y tanto mal uno malo. Aunque ¿a qué viene eso de dividirlos en buenos y malos? Supongo que cada cual hace lo que puede. Y Dios sobre todos.

¿Qué tiene que ver la carta de Ramón con todo esto? Sí tiene que ver, sí. Cita a San Pablo, cuando dice que el sacerdote es constituído "al servicio de los hombres para las cosas de Dios", y a Pío XII, cuando conjura a los párrocos de Roma a que permanezcan en estado de "santa y casi perenne angustia por las ovejas todavía lejanas, porque jamás tuvieron fe o porque la han perdido". Pero más todavía que las citas me impresiona que se las aplique a sí mismo (pues ya se sabe que las citas solemos aplicarlas a los demás, y con ellas como escudo nos defendemos o con ellas como lanza les hostigamos). Y más todavía que las citas y que se las aplique a sí mismo me ha impresionado cuando en la primera parte de la carta, más personal, más de confidencia, explica que muchas noches, al subir a acostarse, se queda mirando a la calle; las luces de los faroles, los colores de los semáforos, los hombres y mujeres, que se ven desde arriba tan pequeños...

Me consuela y me anima pensar que cuando pasamos en el autobús, como muñecos en un escaparate, hay algún seminarista que desde arriba nos mira, quizá con santa angustia, y pide por nosotros al mismo Dios que nos está mirando, a nosotros y a él, desde más arriba.

Y esto vale más que todas las opiniones volanderas y efímeras, y que todos los enfados.



marzo

Querido Ricardo:

¿Cómo sigue tu vida? Tú me lo preguntas a mí, y yo te lo pregunto a ti. Pero supongo que todo sigue igual.

La cuestión es no pararse, seguir siempre adelante. Sí, lo peor en la vida de un cristiano es pensar que ya está bien, que puede ya descansar. Pero el cristiano nunca puede estar satisfecho de su vida, nunca puede creer que ha llegado a la meta.

Lo malo es que nos paramos y nos sentamos satisfechos. Ya hemos hecho bastante. Y Cristo nos sigue esperando arriba, en la cruz.

Querido Ricardo, quiero pedirte un favor: ruega por mí, por todos nosotros. Los sacerdotes —y los seminaristas— necesitamos mucho de la oración de los seglares. Y los seglares tienen un deber muy grande de rogar por los sacerdotes.

Y pide, sobre todo, eso: que no estemos nunca satisfechos, que no nos paremos nunca en nuestro camino, que no pensemos nunca que ya lo hacemos bien, que ya nos esforzamos bastante.

Pronto verás por las calles los carteles de la Campaña pro Seminario. Quizás algún día, por la radio, te sorprenda algún guión de tema más o menos sacerdotal. Y el día de San José, desde el púlpito, te leerán la Exhortación de nuestro Sr. Arzobispo sobre el Seminario. Y luego harán la colecta. Y tú, quizás — no sé si tienes esa costumbre —, te sentirás generoso. Y ya está.

Pero necesitamos tu oración. Y, también tu comprensión. Muchas veces me has hablado de cómo quieres tu a los sacerdotes: comprensión, entrega, amor. Y muchos cristianos, desde muy diferentes situaciones, exigen hoy mucho a los sacerdotes. Es, al fin y al cabo, un derecho que Dios os ha dado. Pero no basta esta exigencia. Hay que ayudar. Sacerdotes y seglares son hermanos, hijos del mismo Padre. Y los hermanos se han de ayudar. El sacerdote ha de dar mucho al seglar: se ha de dar todo. Y el seglar también ha de dar mucho al sacerdote. Primero, lo más difícil, comprensión; comprender que, a pesar de lo altísimo de su misión, sigue tan hombre como él, con su carácter propio y con la flaqueza de todos.

Yo creo que entre sacerdotes y seglares no hay bastante unión. Hay muchos prejuicios, muchas suspicacias. Y temo que entre los jóvenes — vosotros y nosotros — continúe esta falta de comprensión. En el fondo es casi siempre consecuencia de una falta de conocimiento mutuo, abierto, con demasiadas preocupaciones por «mantener posiciones». ¿No crees que sería fácil conseguir una mayor hermandad?

En fin. Esperemos. Muchas gracias por tu comprensión, por tu oración — y también — por tu limosna. Después de habérmelas dejado en mi arrugado y viejo sombrero de pordiosero, también te digo: ¡Que Dios te lo pague!

Hasta pronto. Tuyo,

RAMÓN

4 marzo

Tengo delante una nueva carta de Ramón... Sí, es posible que a veces les abrumemos con nuestra exigencia y nuestro consejo (también puede ser que ellos hagan a veces lo mismo). Pero es que no podemos evitar la impresión — la tonta impresión — de que no saben lo que les espera en el mundo, quiero decir, lo que nosotros, en el mundo, esperamos de ellos. Ramón tiene razón cuando me dice que no basta con exigir, que además hay que ayudar, y que la mejor ayuda es la comprensión. Sí, hemos de compren-

der que son hombres como nosotros, que cada cual tiene su propio carácter y que todos tenemos unas flaquezas comunes.

"Yo creo que entre sacerdotes y seglares no hay bastante unión" me dice. "Hay muchos prejuicios, muchas suspicacias". Y "demasiadas preocupaciones por *mantener posiciones*". Sí, todo esto es verdad. Ahora que la cosa está en ver cómo lo evitamos. A mí me parece que esto ocurre en buena parte porque unos y otros sentimos demasiado el "espíritu de cuerpo". Se dirá que nosotros, los seglares, no formamos cuerpo, que somos lo que queda en el cuerpo místico de Cristo, en el cuerpo social de la Iglesia una vez se separa, se resta el clero. Y que el clero sí que forma un cuerpo. Pero me temo que seamos víctimas de una ilusión óptica. Porque les vemos vestidos de negro, porque la gente les considera un cuerpo, algo así como a los militares, se nos puede olvidar a todos que en la Iglesia no puede hablarse de cuerpos, porque la Iglesia misma ya lo es un cuerpo. Si la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo y todos formamos parte de él, ¿a santo de qué vernos como extraños? ¿A santo de qué pensar con otro "espíritu de cuerpo" que no sea el espíritu católico, el espíritu universal? Y en un cuerpo vivo ningún miembro puede prescindir de otro.

Lo que pasa es que trabajamos poco juntos. La colaboración es eso, trabajar juntos. La dificultad y la magnitud de una tarea sería, me parece, lo que más nos uniría. Separados, podemos tan poco... Juntos, podríamos tanto...

De todos modos, los tiempos que se anuncian me parece que en esto van a ser buenos. ¿No ha sido el Papa el que ha hablado de mayoría de edad de los seglares? Poca comprensión puede esperarse de los menores de edad... Cuantas más responsabilidades siente el seglar, mejor siente también que necesita la ayuda de su hermano el sacerdote. Y a medida que aumenta la colaboración fraterna, se van desvaneciendo prejuicios y suspicacias.

Ahora, Ramón, nos unimos por la oración y el diálogo. Espero que mañana nos unamos además en el trabajo. La viña del Señor espera el esfuerzo de todos. Es verdad que también en la viña del Señor es buen asunto la división del trabajo. Pero teniendo bien presente que la división del trabajo no es sino una forma práctica de colaboración.

abril

Querido Ricardo:

Recuerdo la propaganda de una película. En la fachada del cine uno de esos enormes carteles con el rostro de una estrella; y el «slogan» ese: APRENDA A AMAR VIENDO A... Y había una cola larga de gente que — por lo visto — quería aprender a amar.

Yo no sé si encontraríamos a muchos que se hayan acercado a un sacerdote para que les enseñara a amar. Quizás por eso es tan difícil encontrar amor. Es difícil ser ministro del amor. Y no de un amor abstracto y muerto sino del amor vivo y personal. Porque ya sabes lo que dijo el apóstol Juan: «Dios es amor».

He dicho que el sacerdote es el ministro del amor. Pero ahora pienso que lo es también todo cristiano. Y la mayor grandeza del sacerdote está en ser siempre testimonio vivo ante los cristianos de su vocación, de su llamada a amar.

Y esa es — me parece — la tarea más urgente para el sacerdote. Hacer como dicen hacía S. Juan ya viejecito cuando lo llevaban a las reuniones de los hermanos y sólo decía siempre las mismas palabras: «Hijitos, amaos los unos a los otros». Y cuando le preguntaban por qué siempre repetía lo mismo, Juan decía: «Eso es todo. Cuando lo hagáis seréis perfectos».

Por eso temo un poco que cuando, dentro de unos años, llegue la hora de salir ya del Seminario y quince días después de mi ordenación sacerdotal coja el tren hacia mi primer pueblo, sea aún demasiado superficial, demasiado egoísta para ser siempre testimonio del amor.

Temo que al subir al púlpito mis palabras sean demasiado frías y no logren conmover la vida de aquel campesino que piensa en lo mal que le va la lluvia, la vida de aquel obrero que ha venido con su mujer y contempla a una viejecita pasar veloz el rosario, la vida de aquella muchacha que me mira atentamente porque piensa que Luis la está contemplando, la vida de Luis ahora distraído recordando la película de ayer. Y yo temo. Temo que mis palabras sean demasiado mías y por eso no comuniquen amor. Temo porque sé que he de ser testimonio del amor.

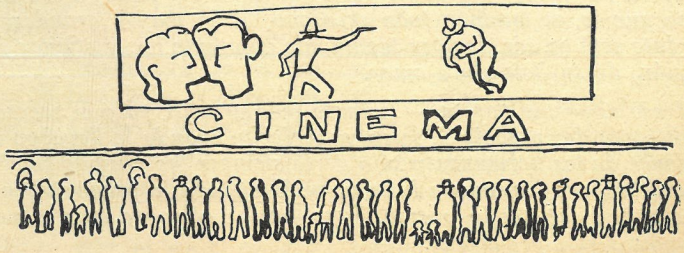
Cuando entré en el «Semi» pensaba ingenuamente que estos pocos años bastaban para transformar a un hombre. Al principio contabilizaba esta transformación. Ahora ya no. Es mejor confiar menos en uno mismo y más en la fuerza del Señor. La misión del sacerdote se resume — en gran parte — en ser un buen intermediario, en no averiar la mercancía.

Termino. Tengo sueño. Perdona que te hable siempre de mí. Es uno de los peligros de estos años: pensar demasiado en uno mismo..

Adiós. Te deseo un buen «sprint» de final de curso. Y que la primavera — la de fuera y sobre todo la de dentro, la Pascua —, alegre tu alma y la mía. Amén.

Tuyo por los siglos de los siglos.

RAMÓN



23 abril

"Una cola larga de gente que —por lo visto— quería aprender a amar". No sé, Ramón, si esa larga cola de gente quería aprender a amar; no sé siquiera si esa larga cola de gente sabía lo que quería. Las colas tienen algo extraño. Viene uno y se para ante cualquier puerta cerrada; se acerca otro, u otra, y se pone a hablar con él; luego un tercero se añade; y un cuarto se acerca, curioso; y un quinto y un sexto. Como si la gente oscuramente supiera que detrás de la puerta debe esconderse algo bueno. Se diría que la cola es una imagen de la vida social. Pero lo curioso de la gente que hace cola es que no pone cara de curiosidad ni de impaciencia; más bien respiran todos resignación, fatalismo. Hacer cola es un modo como otro cualquiera de esperar: a que se abran las puertas, a que nos vayan haciendo sitio, a que nos toque el turno, a que llegue la hora. ¿Hago una frase? Vivir es hacer cola.

Y pasa un seminarista y se mira la cola con mirada de futuro médico, de futuro cura, cuidador, curador de almas: médico de almas. Y se mira con amor a aquella gente que está haciendo cola para aprender a amar. ¿Aprenderán un poco a amar, allá dentro? Tal vez; pero aprender a amar es un largo aprendizaje. Me parece que Ramón ha empezado por el buen camino: veo que no le cuesta imaginarse al campesino que piensa en lo mal que le va la lluvia, y en el obrero que ha venido con su mujer, y en la viejecita del rosario, y en la muchacha y en Luis. Y veo que al pasar delante de un cine no se puso a pensar ni en lo que le gustaría entrar a él ni en lo que la gente derrochaba en "espectáculos de perdición", como dirían algunos: ni la reacción del egoísmo ni la de la hostilidad. Allí había una cola de gente que esperaba, una cola de almas que oscuramente querían aprender a amar, si es que había que creer el gancho publicitario: una cola de criaturas de Dios que buscaban un mensaje de amor.

Es verdad —al menos a mí me parece verdad— esto que dice Ramón: que el sacerdote ha de ser "un buen intermediario". Un buen intermediario entre un Dios que es Amor y unas

criaturas que desean aprender a amar. ¿No hay aquí todo un programa para hombres generosos que quieran y sepan conectar en su pecho el amor de Dios y la compasión humana? Hombres que irradien sobre los hombres ese amor que viene de Dios. "Temo que sea demasiado superficial, demasiado egoísta"... ¡Qué bueno es que un seminarista sienta ese temor! Un cura egoísta es una criatura monstruosa, un barco a la deriva que ha cortado las amarras que le unían a Dios y al prójimo. Pero sin embargo, es bien fácil comprender el pequeño camino diario por el que se puede llegar a tan triste y absurdo destino: basta con cerrarse un poco hoy, otro poco mañana; basta con pensar en uno mismo un milímetro más de la cuenta, aunque sea con el pretexto de pensar en el sacerdote o en el sacerdocio; basta con ahorrarse, con reservarse, con aplazarse. Basta con separarse un poco cada día del prójimo, por temor, por pereza... y al final ya no se le comprende. Se pasa ante la cola de un cine y ya no se comprende que la gente vaya al cine. Se pasa ante una cola de gente y ya no se piensa en la gente. Ya uno se ha acostumbrado a no pensar sino en uno mismo. Y cuando no se comprende a la gente no se comprende ya a Dios. No sé si la cita irá correcta, puesta así, de memoria. Pero es aquello que dice el apóstol San Juan: Si dices que amas a Dios, a quien no ves, y no amas al hermano, a quien ves, entonces mientes.

Entonces uno miente, y sobre todo, se engaña. Un buen intermediario ha de mantener el contacto contínuamente con las dos partes; de lo contrario ya no puede llamarse intermediario. Perderá de vista la "mercancía" que tiene que recibir de uno y comunicar, entregar a otro. Y acabará por no entender gran cosa de ese amor que viene de Dios y de esa sed de amor que viene de los hombres. Pienso ahora si un buen cura no será una lanzadera entre Dios y el prójimo.

24 abril

Un entierro. Espectáculo triste. No tanto por los muertos, como por los vivos. Y al ver a la clerecía — blanco y negro — cantando, me he acordado de Ramón. ¿Para cuándo una buena reforma?

Los tiempos que se acercan van a pedir sacerdotes santos, sabios y valientes. ¿Dónde están? Y con angustia y esperanza he pensado en el Seminario.

27 abril

Observaciones contradictorias

Una, bastante general. Los curas, vistos de lejos, tan negros, tan distintos, más bien suelen desagradar. De cerca, en cambio, se reconoce la calidad humana que cada uno tenga. "¡Si todos fueran como usted!", "¡Si todos fueran como éste!" Y esto se oye decir de uno, y de otro, y de otro...

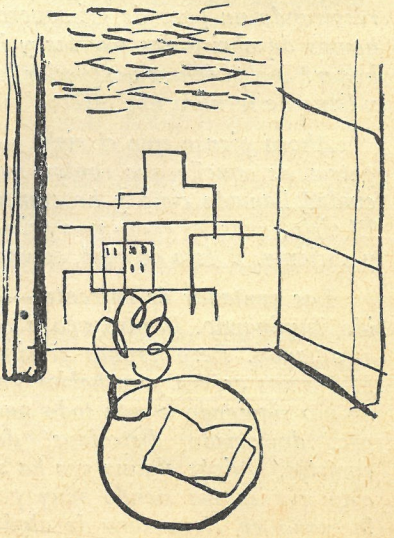
Segunda observación. Oyeron hablar de él, o le oyeron hablar a él y les gustó tantísimo... Luego le trataron un poco y se les cayó el alma a los pies.

He pensado en cómo podían compaginarse tales observaciones.

Y he llegado a esta conclusión: que, en el fondo, en ambos casos ocurre lo mismo. Que descubren que el cura, tal cura, es un hombre. En el primer caso — en el primer ambiente — le tenían por un ser extraño, por una especie de demonio negro, y descubren con agrado que era un hombre. En el segundo caso — y ambiente — pensaban que era un ángel y descubrieron que no, que era como otro cualquiera, un hombre.

El sacerdote es un hombre. He aquí la extraña comprobación que siempre nos sorprende.

¿Por qué?



Mayo

Querido Ricardo:

Anochece ya. Estoy en mi habitación, con la ventana abierta respirando un poco de primavera. ¿No te parece que a la primavera hemos de abrirle las puertas y hacerle un poco de sitio en nuestro hogar? No podemos despreciar lo que nuestro buen Padre, amoroso, y lleno de ternura nos ofrece.

Ahora pienso que el cielo — el cielo es nuestro hogar, nuestra patria, es aquello que cantan los negros: «He oído hablar de esta ciudad llamada cielo y he comenzado a hacer del cielo mi hogar». El cielo, pues, es como una primavera eterna y total, siempre nueva y naciente. Y ésta de aquí, comparada con la de allí, en nada.

Las ventanas de enfrente — al otro lado de la terraza — se han ido iluminando. Dentro veo a Salvador, a Pedro, a Jorge, a Juan estudiando. Pero pronto el timbre nos llamará para el Rosario. María nos espera para hablar un poco, ahora que acaba el día. Ella ha ido siguiendo atenta todo nuestro día. Nos ha visto, como siempre, demasiado distraídos, demasiado superficiales, demasiado egoístas. Quizás alguna vez ha sonreído: cuando alguno ha reconocido que seguía siendo muy pequeño o cuando alguno ha puesto la mano en el hombro de algún compañero. Pero, ahora, al final

del día, todos nos sentamos a su alrededor y la miramos atentamente. Ella: ¿sonríe o llora?

Hay que ser fuerte. Hay que coger el hacha y abrirse paso y avanzar. ¿Nos vamos a quedar parados a cuatro pasos de la salida? A derecha y a izquierda hay hermosos caminos abiertos; enfrente sólo selva total, donde, por más esfuerzos que hagamos, siempre nos parece que estamos en el mismo sitio. Pero hay que ser fuerte y creer. Y confiar. El Papa en su carta al clero nos lo decía: «Cuando experimentéis de un modo especial cuán difícil es avanzar por el arduo camino de la santidad y cumplir debidamente los ministerios a vosotros confiados, levantad los ojos y el corazón llenos de confianza a aquella que, siendo Madre del Eterno Sacerdote, es también Madre llena de amor hacia vosotros».

Ayer —era el día mensual de excursión— en uno de estos pueblos más o menos pequeños y olvidados, estuve un rato hablando con el párroco. Y luego en el tren durante el semi-letargo de la vuelta, pensaba lo difícil que sería para muchos jóvenes —para la mayoría de los que fueron mis compañeros— el «entusiasmarles» con este ideal: toda una vida casi solo en un pueblo pequeño, al cuidado de unos pocos cristianos.

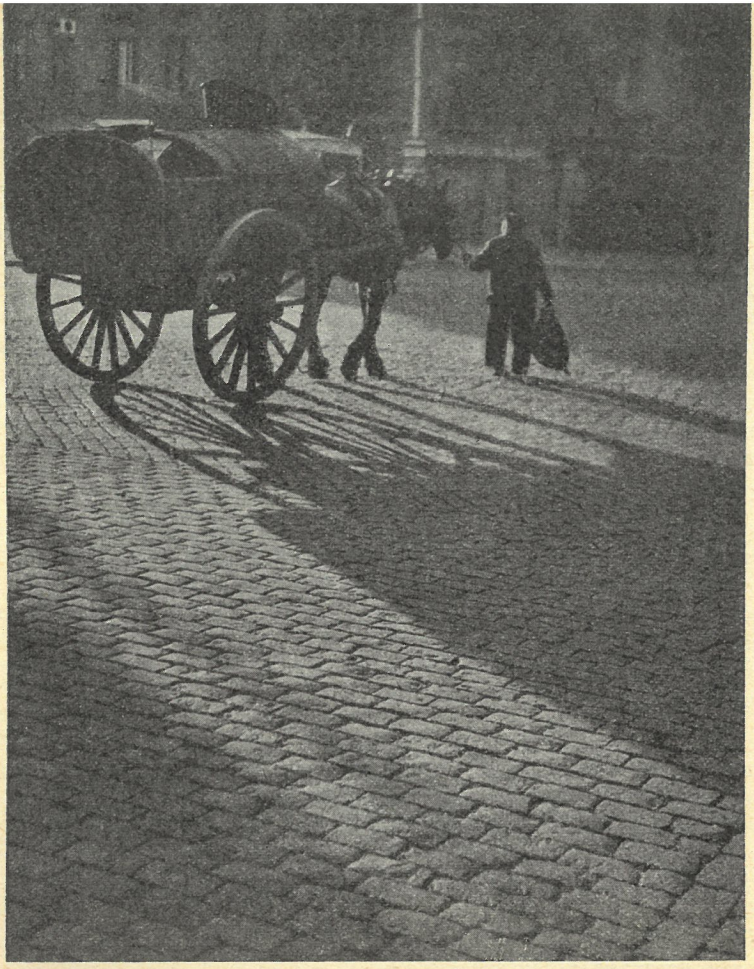
Es fácil —supongo— «entusiasmar» con las misiones o con sueños de grandes predicaciones y aún con un futuro apostolado obrero o universitario. Pero quizás sea más difícil comprender la inmensa sublimidad —inmensa sublimidad— de esta vida paciente y constante, de esta misa cotidiana sin casi oyentes pero de una eficacia impensable, de estos sacramentos que —poco a poco— llevan a cada cristiano desde el pecado al cielo, de estos sermones dominicales muy parecidos unos a otros, de esta presencia vigilante, amorosa, redentora.

Pensaba que este «ideal» no tenía mucha fuerza «publicitaria» en vistas a conseguir vocaciones. Pero lo que sí tiene es mucha fuerza evangélica, cristiana.

En fin, querido Ricardo, espero que no nos falte tu ayuda. Yo me acuerdo de ti. Y perdona esta carta demasiado confusa.

Adiós. Tuyo,

RAMÓN



«ser como Jesús que vino a servir y no a ser servido»

19 mayo

Oímos hablar poco del cielo. Menos, seguramente, que los negros del canto espiritual que me cita Ramón este mes. "He oído hablar de una ciudad llamada cielo y he empezado a hacer del cielo mi hogar".

Será quizá porque los negros sufren. Los negros, como los judíos, como todos los pueblos que sufren, aprenden con el tiempo, el sentido colectivo de la esperanza. Para mirar al paraíso, a la tierra prometida, hay que tener el sentido de la marcha, de la peregrinación: hay que sentir que se está andando hacia alguna parte.

Algunos predicadores tienen la costumbre de cerrar su plática, hablen de lo que hablen, con una alusión a nuestro destino: al cielo, "...Que es lo que para todos vosotros deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". Pero nosotros, desde los bancos, tomamos la alusión como poco más que una fórmula que resuelve los siempre difíciles finales, como un equivalente del "he dicho" o de los "vivas" profanos.

Puede ser que para tener ante los ojos el cielo haga falta sentirse en la tierra primero, y no en el aire, no en el limbo. Puede ser que haga falta sufrir, llorar, tener hambre, y todo lo demás que dicen las bienaventuranzas. Quizá la mayoría de los cristianos de hoy y de aquí estemos demasiado "situados" para pensar en el cielo. Claro que hay mucha gente que lo pasa mal. Pero no les van a hablar del cielo los que lo pasan bien. Y si entre ellos, entre los que lo pasan mal, se ha perdido esa esperanza, si se ha perdido la confianza en esa herencia...

"Vull anar al cel". El sacerdote Jacinto Verdaguer ponía estas palabras al principio de uno de sus últimos libros. Y es que son palabras que han de salir de dentro, del manantial más íntimo de las aspiraciones humanas. Había sufrido mucho, había pasado de todas, se había sentido polvo y tierra, y por eso ahora veía que se le abrían unas nuevas alas y ya no lloraba, sino que reía y cantaba la canción del paraíso. "Quiero ir al cielo". Esta es verdaderamente la última voluntad de un hombre que

lo sea. Y son palabras de niño. Porque el hombre es un niño que crece hasta que se hace digno de entrar en el cielo.

Pero Dios no nos pondría en la tierra si la tierra no fuera necesaria para llegar al cielo. Por eso no me sorprende que los negros, tan terrestres, sean los que mejor saben cantar el cielo. O que el poeta, especialista en la belleza terrestre, sea el que más fácilmente nos sabe hablar del cielo.

¿Qué antes hay que pasar unos exámenes? "A la tarde — dice San Juan de la Cruz — te examinarán en el amor". ¿Podíamos desear mejor asignatura? Cualquier estudiante sabe que el examen es sólo un paso, no un fin. Lo bueno viene después.

Quizá si mi diario piensa, piense que lo que hoy escribo tiene poca relación con la carta de este mes y con los problemas de mi amigo. Pero si piensas esto, diario, te equivocas. ¿O es que no recuerdas aquello que se le promete a Pedro en el Evangelio sobre las llaves del reino de los cielos?

Es muy importante esto de tener las llaves del reino, es muy importante ser como Jesús, que vino a servir y no a ser servido.

30 mayo

Un dolor de cabeza espantoso. Y para colmo, exámenes.

Todos sabemos que hay que tener dolor de cabeza alguna vez. Esto ya lo aceptamos.

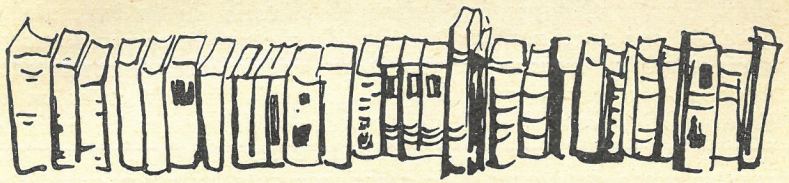
Pero no quisiéramos que coincidiera justamente con los días de exámenes. Dolor, bueno; pero no ahora.

La realidad nos da un palmetazo de vez en cuando y nos enseña que la gracia consiste justamente en todo lo contrario: en aceptar las cosas como vienen.

Quisiéramos administrar, no sólo nuestro dinero, y nuestro talento, nuestras fuerzas y nuestra salud, sino también nuestras virtudes. "Hoy toca sacrificio".

Leí el otro día en San Juan de la Cruz una idea que me impresionó. El la ponía en segunda persona — la decía en una carta —, pero yo me aplico el cuento. La idea sería: *¿Quién soy yo para cuidarme de mí?*

Decididamente, hay que leer más a San Juan de la Cruz.



junio

Querido Ricardo:

No te escribo desde el Seminario. El curso terminó: la última valla —los exámenes— fué superada. (El hermano examen no tiene demasiadas simpatías, pero no puede negarse que son unos días con una hermosa dosis de emoción.)

Ahora una nueva etapa: eso que suele llamarse vacaciones. Pero no acaba de gustarme este calificativo. No sea que nos lo tomemos en serio. Y esos tres meses fuera del Seminario son demasiado importantes para confundirlos con unas «vacaciones». La distensión y la apertura de estos meses sin muros que aíslen, permiten situarnos de nuevo en el «mundo». Actualmente dentro del movimiento de renovación del clero diocesano, se tiende a evitar el adjetivo «secular» aplicado al clero no religioso. Yo no veo por qué. Al fin y al cabo vivir en medio del mundo —del «siglo»— aunque sea el mayor riesgo es también el medio más eficaz que tiene para el desarrollo de su misión apostólica.

* * *

Estos tres puntos significan una interrupción. Ha venido a verme un ex-seminarista. Cuando hace poco más de un año dejó el Seminario —en el «argot»: «plegar»— su decisión me impre-

sionó mucho. Siempre impresiona el misterio de la inescrutable selección que se va realizando a medida que uno se acerca al sacerdocio. Pero su marcha ha sido la que más me ha desconcertado. Éramos — somos — muy amigos. Él había entrado antes en el Seminario. A pesar de esto y a pesar de las diferencias de ambiente familiar y social, poco a poco fuimos descubriendo él y yo que nuestro modo de juzgar y de reaccionar ante las cosas grandes y pequeñas de nuestra vida, eran muy semejantes. Recuerdo que por entonces escribí un artículo sobre el «misterio» en el que se hablaba de la amistad. Cita: «uno intenta asomarse en el misterio del otro, en su vida llena y escondida, en sus tinieblas. Y cada día se asoma un poco. Descubrimos extrañados que también tiene su misterio vivo por el que es posible inciar una asombrosa navegación.»

Pero un día, al volver de las vacaciones de Navidad, él no estaba en la lista. Había decidido cambiar de ruta. ¿Por qué? No se lo he preguntado nunca. Pero me dolió profundamente. No sólo porque era un amigo que ya no estaría tan a mi lado, sino porque era un sacerdote menos para la Iglesia. (Tengo aquí una estampa del crucifijo que habló a San Francisco: «Ve y repara mi Iglesia que como ves se está arruinando toda»). Es verdad que se puede ayudar tanto a Dios en la vida seglar como en la vida sacerdotal como en la religiosa. Pero es imposible dejar de sentir más lo que uno vive más. Y lo que yo vivo más es la necesidad de sacerdotes con los suficientes talentos — es decir, con muchos talentos naturales y sobrenaturales — para el difícil mañana de la Iglesia. Y él habría sido — pensaba yo — un magnífico sacerdote.

No le he preguntado nunca por qué cambió de ruta. Es — creo — una pregunta vana. Dios mueve los personajes de la obra. ¿Por qué vamos a pensar que falla nuestra fidelidad? Y Dios sabe lo que hace ¿no? El buscará quien le reemplace. Si yo siento la angustia de la falta de buenos sacerdotes para el difícil mañana, me parece que mucho más la debe sentir Dios.

La interrupción ha cambiado el rumbo de esta carta. Yo pensaba hablarte de la «misión» de estos tres meses de verano. Otro día será hermano.

Tuyo,

RAMÓN

15 junio

Esta mañana, al terminar un examen — el penúltimo —, he salido de la Universidad, bajo el sol mezclado y bullicioso de junio, y me he puesto a pasear. Y como estos días uno acaba por coger el tranquillo del trabajo, resulta que me he puesto a pasear con todos los sentidos en tensión, como si estuviera trabajando. Me parecía que *pasaba gente* con la mirada inquisitiva y despierta de quien *pasa páginas*.

Hay días — mañanas sobre todo — en que es fácil querer a la gente, contemplarla con irónica ternura, como a veces me parece que debe de mirarnos Dios. Y el sol, los árboles, el asfalto, los coches, las muchachas en flor, los conserjes vejetes y menudos, las gordas amas de casa con sus cestas y sus verduras, los hombres de negocios, los botones y los tranviarios, todo y todos éramos esta mañana las notas de un himno.

Me parecía que había dolor y triunfo en aquel himno, como en las voces de la novena sinfonía. Y además había la inalcanzable sencillez de lo espontáneo y cotidiano y colectivo. Y he pensado que si yo fuera Dios ese himno me complacería indeciblemente, y que es verdad aquello de que las criaturas cantan la gloria de Dios, y me he dicho que andar por la calle es un acto ritual y en el fondo religioso.

Pero todo esto necesita hombres que lo comprendan, que lo abracen y que lo ofrezcan. El pan y el vino de nuestra vida diaria y terrestre están pidiendo a gritos hombres que los transformen en comunión con Dios. Necesitamos, a nuestro lado, hermanos que nos presten este servicio.

Esto pensaba esta mañana.

«Necesitamos, a nuestro lado, hermanos que nos presten este servicio.» Los necesitamos los hombres, pero también los necesita Dios. Por eso El — Padre — busca y llama entre sus innumerables hijos. Unos aquí, otros allí, pero todos hijos, hermanos, un mismo Cuerpo. A nosotros nos toca serle fieles. Lo necesita. La difícil lucha de nuestra obediencia.

Por eso podrían terminarse estas páginas con una oración por todos aquellos que Ramón y Ricardo han querido representar. Representación, claro está, limitada y necesariamente parcial de la realidad, pero — en lo posible — sincera y que esconde una esperanza de tiempos quizá mejores.

Deo gratias.

pero yo tengo necesidad de ti,
para continuar salvando al mundo.

con las debidas licencias

SEMINARIO CONCILIAR - BARCELONA

imprenta altés

dos amigos escriben